



CAPÍTULO III

Demagogia y clerigalla en acción

ENERO 25 de 1861.

La primera providencia del ciudadano Juárez ha sido disponer, desde su retiro veracruzano, que se lleve el viático ocultamente y que las campanas no toquen sino el alba, á mediodía, el ángelus y para llamar á misa. Sólo falta que ordene que todos andemos vestidos de mamarrachos, á la griega, á la romana, ó quizás á la azteca; que nos llamemos ciudadanos y ciudadanas; que el mes no tenga ya treinta y treinta y un días sino quince ó veinte, y que en vez de estar éstos dedicados á la adoración de los Santos, se consagren á la de la Virtud, la Sabiduría ó la Probidad; que se declare fiesta de precepto la de la Diosa Razón; que se destierre á los sacerdotes no

juramentados, y por fin que se cometan todas las locuras de la Revolución francesa. ¡Qué falta hacen y qué bien vendrían un rey y una reina á quien meter presos en el Temple, para cortarles después públicamente la cabeza! ¡Desgraciado pueblo este, que no puede ser original ni siquiera en sus infamias y sus excesos!

Mas hablando en serio, me causó verdadero dolor saber que ya no irá el Viático por las calles enfloradas, seguido por una multitud reverente con la cabeza descubierta, y saludado al paso con exclamaciones de *Santo, Santo, Santo, es el Señor de los ejércitos...* mientras chisporroteaban las velas de cera en las manos de las gentes piadosas, que salían á ver pasar al Dios de Clemencia, al Señor de vivos y muertos, por quien reinan los reyes y la justicia obra en el mundo.

Recuerdo haber oído contar infinitas veces á mi padre, que pertenecía á la corporación de caballeros que cocheaban en la estufa del Santísimo, la emoción que sentía al vestir el lujoso traje propio de la institución; el respeto con que miraba al sacerdote que conducía la sagrada hostia en el copón dorado, de forma elegante y fina; el cariño con que solía ver al pobre enfermo postrado en humilde lecho y que recibía á Nuestro Amo con el fervor y la veneración del que sabe que muy pronto aparecerá ante Él á darle cuenta de una vida quizás gastada en extravíos y mundanalidades; mientras en la estancia

veciña cantaban con voces de ángeles los niños del coro aquel grandioso himno:

*Tantum ergo Sacramentum
Veneremur cernui...*

Ahora el Señor irá de tapadizo, como de ocultis, como si en vez de ser pan de vida fuera tósigo mortal. ¡Qué tristeza... y qué vergüenza!

El mismo día. Ha empezado á publicarse un nuevo diario que se llama *El Pájaro Verde*. Aquí donde hay y ha habido tantos nombres extravagantes de periódicos, como *Don Simplicio, La Espada de Don Simplicio, La Lima de Vulcano, Guillermo Tell, El Concisín* y otros muchos, éste venía á ser el *non plus ultra* de lo raro y lo nunca visto. Por eso pensé que muy bien pudiera el nombre ser un anagrama, y tras de poco batallar encontré este. Dice: *Arde, plebe roja*. Cuentan que redacta el nuevo diario el famoso Aguilar y Marocho, clerical furibundo, que no cesa de luchar por su credo. Si he de decir la verdad, me chocan estas disputas entre los que todo lo esperan de la clerigalla y los que sólo piensan en ahorcar á los reyes con las tripas de los frailes, acuñando monedas con cálices, crujías, y campanas... Todo eso es de un supremo mal gusto.

Enero 27. Se dictó orden para que salieran de México el nuncio de S. S., monseñor Luis Clementi, arzobispo

de Damasco; don Joaquín Francisco Pacheco, embajador de la reina de España; don Francisco de P. Pastor, ministro del Ecuador; y don Felipe Neri del Barrio, ministro de Guatemala.

También se expulsó á los obispos Garza, Munguía, Espinosa, Barajas y Madrid, señalándoles el término de tres días para que se alejaran de la capital.

Ciertísima estoy de que la expulsión del señor Pacheco va á traernos grandes complicaciones internacionales. En cuanto á la de los obispos, empezando por la del nuncio, me parece plenamente justificada, si es que está justificado aniquilar al contrario que nos molesta y nos hostiga. Monseñor Clementi, desde los tiempos de Santa Anna, politiquaba de lo lindo, al grado que recuerdo haber oído contar de él una aventura muy graciosa. Cuando el dictador volvió del Sur juzgó el Cuerpo diplomático que convenía felicitarle por las victorias que podía haber obtenido contra la demagogia. Era decano del Cuerpo el arzobispo *in partibus* de Damasco, y á él le tocaba llevar la palabra; pero á la hora que iba á presentarse ante su Alteza, se le ocurrió algo que no había pensado y preguntó á sus compinches: «¿Y qué digo?» Y como los otros no pudieran asesorarle sobre cómo se podía presentar como victorias las derrotas, como glorias las huídas y como paseo militar una dispersión de cobardes, no encontraron qué pudiera decir, y se separaron sin acordar nada. Ahora, según

parece, también ha de estar preguntando «¿Qué digo?» pues nada dice, ni contesta siquiera la orden del Gobierno.

En cuanto á Garza, aunque bajo el disfraz de neutralidad y cumplimiento de su deber, no dejaba un momento de arri-mar el ascua á su sardina. El bueno de Comonfort, que se las echaba de caballero de la Tabla redonda, interceptó una vez un giro de diez y ocho mil pesos que don Lázaro enviaba á Calvo y tuvo el rasgo de mandar el papelillo al arzobispo. Este lo tomó y con mucha calma dijo al ayudante del Presidente: «Vaya; me veré obligado á mandarlo de nuevo.»



D. CLEMENTE DE JESÚS MUNGUÍA

Munguía fué el alma de todo el movimiento pasado. Tiene la astucia de un Escobar, un Sánchez, ó cualquiera otro casuista de la buena época de la Iglesia española; tiene la finura y la verba de un abate italiano; tiene la mala fe de un prioste de indios, y tiene el talento de

todos ellos, aunque tan anticuado y tan fuera de moda como su estilo, su voz y su fisonomía.

Espinosa, Barajas y Madrid hicieron también cuanto les fué dable en favor de la reacción clerical, ya predicando sermones incendiarios, ya entregando la *plata vieja* de las iglesias, ya suscribiéndose con *plata nueva* para el mantenimiento de tropas y el soborno de jefes.

Si alguien llegara á leer estas líneas, diría de mí que era una de esas rojas que andan por allí denunciando casas y espantando con sus blasfemias á los timoratos. Pero estoy muy distante de eso; ni me adhiero á estos sacerdotes politiqueros, que distan tanto de los sacerdotes europeos como Pío IX de Garibaldi, ni mucho menos soy partidaria de la plebe descamisada, que grita libertad oliendo á pulque, á *chalupitas* y á *huauzontles*. Soy simplemente persona de buen gusto y no política, y donde quiera que haya alguien que comprenda la religión fina, decente, con toque de órgano, funciones con manifiesto, petitorio por damas elegantes, ornamentos dorados, humo de incienso y suizo en la puerta, me tendrá de su parte.

Yo estoy peleada con esta devoción á la española, con estas iglesias llenas de cuadros en que abundan la tierra de Siena, el ocre y el rojo; con estas escenas de potros, parrillas y hogueras; con estos santos de caras angustiadas, cadavéricas, de ojos en blanco y de miembros anquilosados; con estas naves de templos y crujías de conventos

llenas de tétrica obscuridad y de alarmante misterio, y con estas penitencias calagurritanas que consisten en disciplinarse hasta hacer salir chorros de sangre, en andar de rodillas sobre pencas de nopal, en ayudar como beduino y en vestirse con los peores trapos, cuando no en salir hecho un esperpento con arreos de penitente de cualquiera de tantas cofradías.

A mí me agradan las naves amplias y llenas de luz, los santos afables, *buontonisti*, elegantes, bien peinados y con ojillos de vidrio que están diciendo: «Somos habitantes de la más excelsa y correcta de las regiones, y estamos ya limpios de las impurezas mundanales.» Me gustan también las damas bien vestidas, que celebran bailes de caridad, que dan dinero para el Papa, que tienen marido, hijos y hasta amantes y que son el encanto y el ornamento de los verdaderos pastores, de esos caballeros discretísimos que suelen concurrir á los saraos y hasta ver damas descotadas sin poner el grito en el cielo ni figurarse que va á descender el fuego celeste sobre la nueva Pentápolis.

Nada menos á la corte de Napoleón III concurre un prelado, por cierto varón santísimo, que se espantó un poco al ver que las señoras llevaban el corpiño muy bajo.

— Sire, dijo al Emperador; me voy porque me vuelven las *espaldas*...

— Mas los *senos* os detienen, Monseñor, respondió ingeniosamente el príncipe...

Y el discreto Obispo permaneció un rato más depar-
tiendo con aquellas señoras...

La misma fecha. Lo dicho; esta plebe liberalesca no hace sino cosas de mal gusto. La custodia de la catedral, que era de una riqueza incalculable, porque tenía 5,872 diamantes, 2,653 esmeraldas, 544 rubíes, 106 amatistas y 28 zafiros, fué extraída anoche. ¿Cómo va á ser posible celebrar con decoro los actos del culto, si no se cuenta con esa alhaja, que herida por la luz de los cirios, sostenida por varios sacerdotes y reflejándose en casullas, palios y frontales, lanzaba reflejos irisados, arrancaba destellos á las cosas, deslumbraba los ojos con las millonadas de fa-
cetas de las piedras y convencía á los fieles de que tras el viril se guardaba el cuerpo de Cristo? Que á mí no me hablen de pobreza evangélica, ni de carencia de alhajas, ni de todas esas logomaquias que predicán los ideólogos liberales. La Iglesia tiene que ser fastuosa ó no ser; y aquí donde no se pueden admirar los esplendores de una corte, los trenes de la grandeza y el ceremonial del Estado, se necesita este lujo para suplirlos.

Febrero 14. Hoy amaneció la ciudad consternada. Anoche, por orden del ministro de Justicia, Ramírez, fueron sacadas de sus asilos muchas monjas y transportadas en coches alquileres á los ocho conventos que se deja subsistentes.

¿Qué pasará? Yo no digo que esta sociedad se desquicia, sino que esta sociedad se vuelve loca, pues en otros pueblos en que semejantes providencias se han puesto en práctica, las gentes estaban largamente preparadas por una serie de predicaciones y sucesos, y no en poder de la tradición, como aquí lo están.

1.º de Julio. ¿Qué sucede con los vencedores que vienen tan á menos al día siguiente del triunfo? Condenados estamos, desde hace muchos días, nada más que á ver cortejos fúnebres y á escuchar discursos laudatorios del mérito de los difuntos. Primero fué Lerdo de Tejada, el autor de las leyes de nacionalización de bienes del clero. Murió á mediados de Marzo, á consecuencia del tifus complicado con una vieja enfermedad de estómago, y cuando sus amigos y partidarios trataban de elegirle presidente de la República. Le hicieron gran funeral, conduciendo su cadáver en hombros los estudiantes de Minería, los representantes de la prensa y los oficiales mayores de los ministerios. Luego hubo la mar de discursos: de Zamacóna, de Villalobos, de Mateos, de Márquez, de Florencio del Castillo, de todo el mundo. Regresó el acompañamiento á las ocho de la noche, y los últimos oradores tuvieron que leer á la luz de velones de sebo. ¡Es mucha oratoria!

Luego vino la muerte de Gutiérrez Zamora, el famoso